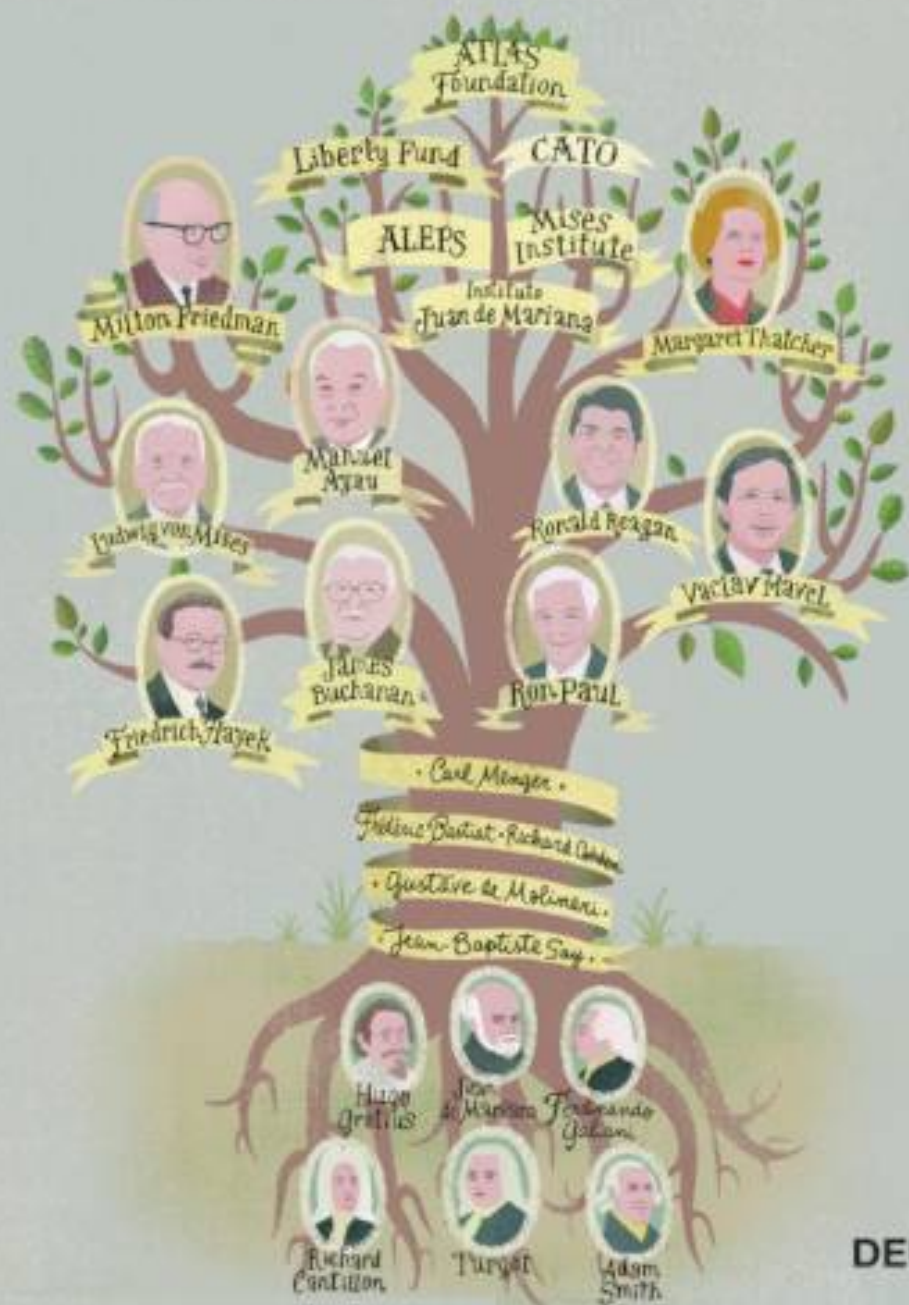


MARÍA BLANCO

LAS TRIBUS LIBERALES

UNA DECONSTRUCCIÓN DE LA MITOLOGÍA LIBERAL



DEUSTO

Índice

Portada

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

I. El liberalismo en el templo de Atenea

II. El liberalismo en el templo de Eris

III. Más allá del Olimpo: el liberalismo en la calle

IV. El liberalismo en el Hades: los demonios liberales

Epílogo. Ni héroes, ni dioses

Bibliografía

Breve guía online del trotamundos libertario

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Gracias a la coherencia de Joaquín,
a la humanidad de Amada y a la energía y la enseñanza
que me proporcionan Jaime y Carlota,
mis dos condiciones necesarias y suficientes
para vivir tratando de ser mejor persona cada día.*

Prólogo

A propósito de las absurdas reivindicaciones de quienes pretenden monopolizar las esencias, mi buen amigo, el economista e historiador asturiano Manuel Jesús González —discípulo de Pedro Schwartz, como María Blanco y quien esto escribe— solía relatar un delicioso cuento sobre la confusión que se produce cuando, tras la muerte inesperada de un individuo, sus familiares se precipitan a solicitar los servicios de un sacerdote para que rece un responso en casa del difunto.

Con las prisas, resulta que se lo piden a dos religiosos y finalmente acuden ambos, que no se conocen personalmente y ninguno de ellos sabe que no es el único oficiante presente en el domicilio. Tiene lugar entonces la siguiente fantástica escena. Se levanta uno de los curas y proclama:

—Yo soy la Resurrección y la Vida.

Ni lerdo ni perezoso, se incorpora el otro y subraya:

—Yo soy la Resurrección y la Vida.

Pues bien, a veces sucede entre los liberales, igual que entre los partidarios de cualquier otro sistema de ideas, que se entablen agrios debates cuyo objetivo no es desentrañar la verdad o refutar el error sino discernir la pureza de sangre y dictaminar si tal persona o grupo es más o menos liberal que otro. El apego a las etiquetas es una majadería en cualquier caso, pero padece tintes particularmente ridículos en el de los liberales, cuyas diferentes «tribus» compensan con gran entusiasmo el escaso respaldo de que gozan numerosas de nuestras teorías y recomendaciones en la política, la universidad, la cultura, los empresarios, los sindicatos y el público en general.

María Blanco, profesora en la Universidad San Pablo CEU, se aleja prudentemente de estas disputas provincianas, con frecuencia mezquinas y siempre absurdas, como las del desopilante Frente Popular de Judea en la película *La vida de Brian*, que retrata con certeza la estéril división entre militantes de diferentes facciones hebreas que dedican la mayor parte de sus energías a combatirse entre sí, en vez de oponerse a un Imperio romano, al que, en el fondo, no saben muy bien por qué rechazan.

El objetivo de la doctora Blanco no es expedir carnés sino contar, con la cercanía de un texto que tiene bastante de autobiografía, quiénes son los liberales, qué piensan, qué aconsejan y por qué. Su destreza como historiadora del pensamiento económico queda patente cuando apunta los grandes trazos de las diversas ramas del liberalismo, que tiene, por cierto, un distinguido antecedente en España con los llamados escolásticos tardíos de la Escuela de Salamanca.

Pero la autora no es sólo una profesora y una estudiosa sino que también se mueve con solvencia en el ámbito de los medios de comunicación y de la divulgación de las ideas, y esto se nota en su estilo ágil y grato, que hace que este libro pueda ser leído con entretenimiento, además de con provecho, de un tirón.

La combinación de ambas habilidades explica que sin extenderse en demasía pueda abordar de manera razonable y ajustada el grueso de los principales temas del liberalismo y sus principales protagonistas e instituciones. No puede entrar, lógicamente, en muchas profundidades, pero el retrato general está más que aceptablemente completo.

Algunos aspectos me han gustado especialmente, como su análisis del liberalismo desde el punto de vista femenino y sus reflexiones sobre el poderoso atractivo del socialismo y sobre por qué los liberales somos habitualmente objeto de tanto recelo. Es de aplaudir también que

no le eche la culpa de tamaño desapego a los demás sino a nosotros mismos y que no rehúya asuntos delicados como el aborto o las drogas.

María Blanco plantea muchas y preceptivas preguntas. No tiene, ni pretende tener, todas las respuestas. Más aún, a menudo, como les sucede a los testigos de *En el bosque*, el célebre relato de Akutagawa, las respuestas que sí tiene no coinciden. Pero ya advirtió sabiamente Ortega que una cosa son las personas de una escuela y otra cosa es un grupo de gramófonos.

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

Introducción

Este libro surge como respuesta a dos signos de puntuación que observo a mi alrededor y que me muestran actitudes diferentes: uno de interrogación y otro de exclamación. El signo de interrogación es el que se refleja en las caras de muchas personas cuando un liberal dice de un político, de un profesor o de un amigo «Éste no es realmente liberal», o cuando un liberal dice de sí mismo «Pues yo no soy liberal, yo soy libertario».

Para quienes no se mueven en el ámbito de los principios fundamentales liberales o en el estudio del pensamiento económico y político, puede resultar chocante presenciar cómo estas personas, que a primera vista se consideran como semejantes, discuten acaloradamente acerca de cuestiones que parecen ser muy importantes, pero que el oyente no termina de entender, bien porque el meollo del asunto es verdaderamente enrevesado, bien porque se trata de detalles que pasarían desapercibidos al resto de los mortales. No es lo que suele verse en otros círculos de pensamiento político, en los que se ofrece una apariencia de unidad más fácil de asimilar.

De ahí la idea de mi editor de titular el libro *Las tribus liberales*. El término «tribu» tiene connotaciones peyorativas que no me gustan, si bien es cierto que se nos acusa a menudo de estar divididos. No somos tribus que se pelean entre sí como hinchadas de equipos de fútbol. La batalla de las ideas para un liberal está más cerca de un combate de esgrima, donde el arte de la defensa y el ataque con espada o con florete se ciñe a unas normas éticas y estéticas, que a un «todo vale», estrategia que muchas veces nos encontramos en otras filas. Es probable que resulte más po-

pular una lucha cuerpo a cuerpo al más puro estilo del circo romano. Las audiencias de las tertulias televisivas así lo confirman. Pero muchos no estamos dispuestos a llevar la definición y la defensa de nuestros principios más profundos al barro, incluso si el resultado es que se nos tacha de tribus, de discutir sobre cuestiones de matiz dándoles demasiada relevancia, o si, al no ser jaleados por el pueblo como los héroes del fútbol, no aparecemos en las listas de popularidad encabezadas por ídolos de papel. Mi misión será, por tanto, explicar cuáles son estas supuestas tribus, pero sobre todo, dejar claro que a pesar de las diferencias, los matices y las discusiones de salón, la defensa de la libertad individual es el tronco central que nos nutre y da vida a todos los que, desde nuestro puesto, en nuestra medida, y a nuestro particular estilo, tratamos de estudiar, difundir y hacer realidad los principios liberales.

No es una tarea fácil la de analizar qué diferencia unas ramas que salen del tronco de otras y qué razones nos llevan a ser tan escrupulosos con las denominaciones y los matices. Porque ni siquiera los libertarios de sangre más pura al acercarse a los temas fronterizos más escabrosos tienen muy claro qué es, qué no, quién pertenece, quién está fuera, y sin embargo, se diría que surgen en todos sitios expendedores de certificados de liberal. Pero el problema no es responsabilidad solamente de los intelectuales liberales por su celo ideológico. Los políticos, ávidos de votos como los vampiros de sangre, se ponen la medalla liberal o se la quitan, según el momento, y, muchas veces, añaden ruido y dificultan la comunicación. Y, a eso, hay que sumar a los intelectuales del otro lado de la trinchera que aprovechan este prurito de los pensadores liberales y tratan de afean esa conducta señalándonos como si estuviéramos divididos en microsectas cada una con su gurú, tal vez porque ellos no tienen reparos en pervertir el sentido de las palabras, porque su fundamento ideológico es claramente menos sólido y porque ellos no tienen problemas a la hora

de juntarse con cualquiera y de cualquier modo para obtener logros prácticos, aunque eso implique dejar de lado los principios. Eso explica su ventaja en la práctica y su derrota en la batalla de las ideas.

El signo de exclamación lo veo cada vez que hablo con amigos como Ricardo Basurto¹ y me pide que escriba sobre esos ideales que me llevan a ver la vida de una manera muy particular, esos fundamentos sobre los que descansan mis actos y mis artículos, mi manera de ver la educación, de dar mis clases y de afrontar la vida. Es la exclamación cuando me dice, siendo de tradición socialista, de izquierdas de toda la vida, cuando ve lo que hacen y dicen los supuestos líderes socialistas: «¡Esta gente me está haciendo ser cada día más liberal, pero liberal como tú!». Y yo no sé si agradecerle a Rajoy y a Zapatero los servicios prestados que empujan a un empresario y emprendedor honesto y cabal como Ricardo a entender que por supuesto que actúa con afán de lucro, que no quiere que nadie viva a su costa a fuerza de coacción, que la bondad y la generosidad las aprendió en casa, con el ejemplo de sus padres, ni quiere vivir a costa de nadie, pero que le encantaría que le quitaran esas piedras que los políticos en el poder ponen en el camino de los empresarios dispuestos a dar trabajo, a ser honrados y a dejarse la piel por su empresa. Por eso le dedico a mi amigo Ricardo la deconstrucción de los mitos que se han erigido cuidadosamente contra el liberalismo y que explican que, a pesar de ser la filosofía de vida más cercana al ser humano, tenga tan mala fama y sea normal imaginar a los liberales como seres egoístas, rastreros, sin moral y ávidos de riqueza propia y ruina ajena.

El objetivo de este libro es aportar mi visión en medio de un caos que no es sino aparente. La ventaja de la que parto es que he tenido la enorme suerte de encontrarme, a lo largo de mi vida profesional, con grandes personas que me han ido paseando, mostrando, enseñando, explicando

con una paciencia heroica todas las estancias de la casa de la libertad, mis maestros, gracias a los cuales he encontrado mi sitio intelectual.

Crecí en un departamento de Historia del Pensamiento Económico donde los dos catedráticos eran Pedro Schwartz, seguidor de Friedman entre otros, liberal (de los represaliados y exiliado por Franco, por si hubiera dudas) y Paco Bustelo, insigne socialista (preso y exiliado durante el franquismo, por si hubiera dudas). Por mi natural rebeldía o porque siempre me ha parecido inmoral poner al grupo por delante de la responsabilidad individual, mi querencia era liberal. Así que, de la mano de Carlos Rodríguez Braun, me eduqué en el doctorado en el liberalismo escocés, primero, y estudié la Escuela Austriaca durante mi tesis. Más adelante vendría la Escuela de la Elección Pública, gracias Pedro Schwartz, mi director de tesis, a quien además le debo haber conocido a ilustres economistas como Gordon Tullock o Gary Becker. Mi director de tesis, a quien le debo saber leer y escribir, entre otras muchas cosas, me insistió en que me pusiera en contacto con «esos chicos del seminario de Jesús Huerta de Soto que acaban de crear un *think tank*», el Instituto Juan de Mariana. Con mis compañeros del IJM descubrí que hay vida más allá de la universidad y que el liberalismo también es activista. Esa lección se la debo a Gabriel Calzada, presidente del IJM y actual rector de la Universidad Francisco Marroquín, institución con la que siempre estaré en deuda, donde conocí a grandes personas y donde tengo aún más grandes amigos. De la mano del IJM llegué a la radio, a la prensa escrita y a las reuniones del Liberty Fund. En ellas he hecho grandes amigos en toda Latinoamérica y Estados Unidos, con los que comparto afecto, ideales, actividades, y con los que estoy en contacto diario gracias a las redes sociales. A todos ellos les debo la luz que me ha permitido llegar hasta aquí y escribir este libro.

Al cabo de los años, tras formarme en el pensamiento económico liberal como parte de mi profesión, de participar en programas de radio, televisión y escribir en medios escritos ofreciendo un punto de vista liberal, de haber asistido a coloquios liberales en México, Guatemala, Colombia, Perú, Inglaterra, Portugal, República Checa y España, de entrar en contacto con *think tanks* latinoamericanos, estadounidenses y europeos, leer críticas justas e injustas, escuchar a socialistas acérrimos atacar el neoliberalismo y a izquierdistas moderados que pretenden que ellos son la verdadera cuna del pensamiento liberal, etc., creo que la cuestión de la demonización del liberalismo merece una reflexión pausada.

Por eso, cuando Roger Domingo, mi editor y el de tantos otros, me propuso escribir un libro para que cualquier ciudadano con interés por la política y, en concreto, por el liberalismo, sepa qué es esto y quiénes son los liberales, o los libertarios, el terreno estaba abonado para que aceptara con mucho gusto y dándome cuenta de la responsabilidad que eso implicaba para mí.

He dividido el libro en cuatro partes. En tres de ellas analizo cómo se percibe el liberalismo en diferentes ámbitos. Primero, «El liberalismo en el templo de Atenea», la universidad, desde un punto de vista académico. Una de las críticas que se oyen desde dentro de la universidad es que no hay artículos «liberales» en las revistas científicas ortodoxas de economía. ¿Dónde está el modelo económico liberal? Dicen que una mano que acusa consta de un dedo que señala al frente y tres que señalan a quien acusa. Y, en este caso, no puede ser más cierto. Porque pensar que tiene que haber un modelo económico liberal y que para «existir» una teoría económica, o una propuesta económica, ha de estar presente en las revistas ortodoxas, dibuja la triste realidad que vive la universidad del siglo XXI en España, en Europa, en Latinoamérica y, probablemente en menor medida, en Estados Unidos. Porque ¿es que no hay

teoría económica sin modelo matemático que lo sustente? ¿La economía necesita de un modelo matemático necesariamente? Esas cuestiones no son fáciles de responder, especialmente cuando uno se da cuenta de que durante siglos no existía la economía matemática y se superaban las crisis, la escasez, las burbujas, de igual o mejor manera que ahora. Reducir la aportación de la teoría económica a los modelos matemáticos es intentar correr con grilletas en los pies: no hay razón y empeora los resultados. Y esto no quita valor a la economía matemática, pero sí es un reproche a quienes se obsesionan con ello.

En esta parte del libro he tratado de explicar cuáles son las tribus liberales hoy en día, no solamente en la universidad, también las que están cerca pero no dentro de ella. También he tratado de ofrecer un recorrido por el pensamiento económico liberal sin intención de convertir el capítulo en una historia del pensamiento, sino tratando de acompañar a quienes no conocen nuestros orígenes a lo largo de la genealogía liberal, nuestros ancestros, para que se entienda mejor quiénes somos actualmente. También he analizado qué razones explican que no se le dé importancia al pensamiento económico liberal en las universidades hoy en día. Desde mi punto de vista, hay dos momentos importantes a tener en cuenta para comprender el fenómeno: la relevancia de Michel Chevalier en Francia junto con el éxito de John Stuart Mill en los mismos años, y los problemas que encontró Ludwig von Mises al llegar a Estados Unidos, donde se le dejó apartado como profesor asociado de la Universidad de Nueva York. A partir de ahí, trato de reflexionar sobre la situación actual en la que se asocia el liberalismo económico como un movimiento político que no puede añadir nada bueno a la ciencia económica por motivos metodológicos y de otra índole.

A continuación, abordo «El liberalismo en el templo de Eris», la diosa de la Discordia, es decir, en la política. Y me pregunto si es posible que exista en España un verdadero

partido libertario o se trata más bien de que los políticos de cualquier partido compartan los principios y las inquietudes liberales, con los costes que implica. También reflexiono sobre si esa imposibilidad es específica de nuestro país o si, por el contrario, sucede en otros lugares, por ejemplo, en Alemania y en Estados Unidos, donde existen sendos partidos libertarios. Uno de los temas que me interesan es la repentina proliferación de partidos políticos de corte liberal o libertario en Latinoamérica, como el Partido Liberal Libertario argentino. ¿Se trata de una moda efímera o hay parte de la juventud que necesita nuevas sendas políticas por las que caminar, o al menos por las que empezar a interesarse por la vida política? Esta pregunta es importante porque existe la idea, al menos en el mundo hispanoparlante, de que el liberalismo más radical es propio de espíritus jóvenes y que la madurez te lleva a ser posibilista, tibio y a perder de vista ese afán por reclamar la libertad individual como un principio irrenunciable.

Y, finalmente, trato de analizar el liberalismo «Más allá del Olimpo» en la calle, donde, en general, reina cierta confusión. Es necesario realizar un esfuerzo de observación y humildad para bajar del pedestal de las teorías y principios y mirar a la gente de la calle, prestar atención en las conversaciones de los bares, los pasillos y los corrillos de la gente normal. Pero ésa es la manera de comprobar quiénes creen que somos, con quiénes nos identifican y qué razones explican esos prejuicios. Si no somos capaces de entender qué lleva a la gente corriente a percibirnos de una manera tan equivocada estamos siendo cómplices, por soberbia, de esa confusión y recogeremos el fruto merecido. Porque no siempre se nos tacha de lo que se nos tacha sin razón, o porque hay una confabulación de los poderosos contra nosotros, o porque nos han practicado un conjuro terrible... muchas veces nos lo ganamos a pulso. Bien porque hay voces desde nuestra trinchera que gritan tonterías,

y es lo que se ve, y no les paramos los pies. Bien porque, como no somos perfectos, nos señalan fallos que hay que admitir y superar.

En la cuarta parte, «El liberalismo en el Hades: los demonios liberales», analizo los principales mitos antiliberales con los que se menosprecia el liberalismo filosófico, político y económico y que, lamentablemente, han calado en gran parte de la sociedad. No son todos los mitos contra el liberalismo, pero sí son los más llamativos, «los de bulto», de los que calan entre los ciudadanos y con los que nos machacan a muchos. Es importante desmontar estas ideas porque, como sucede muchas veces con los prejuicios, imposibilitan el diálogo. El último de ellos lo dedico a la comunicación. Es un mea culpa en toda regla. Es el punto negro en el que hay que insistir y mejorar, y no podía faltar en este libro. Pero es solamente la punta del iceberg: creo que es necesaria una reflexión acerca del tema, un proceso de aprendizaje por parte de los liberales, de forma que nuestras ideas lleguen sin desvirtuarse al mayor número de personas posibles, sin distinción de color político o procedencia.

Tengo que agradecer a los amigos que me han animado y se han leído partes del libro, o el borrador inicial, a quienes he hecho perder el tiempo, pero que tanto me han ayudado con sus ánimos y su comprensión y que se han ganado el cielo animándome cuando mi inseguridad me soplabla en la oreja burlonamente, comentando aspectos poco claros o erratas: Juanma López Zafra, Daniel Lacalle, Laura Blanco, David Moreno, Juan Ramón Rallo, Eduardo Mayora, Ramón Parellada, José Miguel Guardia, Javier Santacruz y es posible que me esté olvidando de alguien. Ni que decir tiene que todos los fallos son responsabilidad mía en exclusiva y que sin su ayuda el libro sería mucho peor.